11/25/18

ANUNCIADO DESDE EL PRINCIPIO
Génesis 3:14-15

El día después de Acción de Gracias comienza la temporada de Navidad en los Estados Unidos. Es la temporada más hermosa junto con la temporada de Semana Santa, porque aunque una involucra ternura y la otra involucra dolor, ambas nos hablan de una misma cosa: Jesucristo vino al mundo para traer Salvación a toda persona que cree en Él.

Entonces, Navidad va mucho más allá de los regalos, los adornos y las fiestas. De hecho, va mucho más allá que solamente recordar al Señor Jesús nacido en un establo y puesto en un pesebre. Va más allá de recordar al Señor Jesús como bebé, con la ternura que inspiran todos los bebés. Navidad es mucho más que eso.

La Navidad nos recuerda que Dios mismo se hizo carne para habitar en medio de nosotros *(Jn. 1:14)*. Dios vino al mundo como cualquier ser humano y experimentó todas las emociones que experimenta un ser humano; Él experimentó tentaciones como cualquier ser humano. En todo fue igual a cualquiera de nosotros, excepto en el pecado *(Heb. 4:11)*. Al Dios hacerse carne experimentó en su vida propia lo que experimenta cualquier persona y por eso se compadece de nosotros, por eso nos entiende; pero cuidado, por entender, no debemos de creer que está de acuerdo o que no hace nada cuando nosotros caemos en pecado; Dios nunca podrá ser tolerante al pecado; Él es Puro y Santo. Más bien, porque nos entiende, nos da las herramientas para no caer en pecado siendo las dos principales: Su Palabra y la oración. Pero además, nos dejó a Dios Espíritu Santo para guiarnos en la oración y para ayudarnos a entender su Palabra. El Espíritu Santo nos apunta hacia Cristo para vivir *como* Cristo, para vivir *en* Cristo, *por* Cristo, y *para* Cristo.

También, debo decir que el nacimiento del Señor Jesucristo no obedece a un “plan B” de Dios. Dios no tiene “plan B”, sólo “plan A”. Es decir, no es que se le estaban saliendo de control las cosas al Señor y tuvo que mandar a su Hijo para poner orden. El Apóstol Pablo dice: *“Cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la Ley (Gál. 4:4)*. El nacimiento de nuestro Señor Jesucristo obedeció a un plan perfecto, diseñado detalladamente por Dios para cumplirse en tiempo y forma.

Durante el Antiguo Testamento vemos el anuncio de nuestro Señor a través de los profetas a quienes Dios les reveló la venida del Salvador. Profetas como Isaías, Malaquías, Zacarías, Miqueas, Oseas, Daniel anunciaron la venida y el ministerio del Señor. Y más atrás en el tiempo, el rey David, escribió cantos mesiánicos que hablaban de la vida, la muerte y la gloria del Señor Jesús. Todavía más atrás, Moisés recibió la revelación de que otro profeta como él, pero que hablaría como Dios, vendría *(Dt. 18:15-18)*. Este era el Profeta tan esperado por Israel cuyo cumplimiento se dio en la Persona de nuestro Señor Jesucristo.

Pero aún todavía más antes de Moisés se dio el primer anuncio profético acerca de la llegada del Salvador Jesucristo. ¿Cuándo fue eso?

"Y Jehová Dios dijo a la serpiente: Por cuanto esto hiciste, maldita serás entre todas las bestias y entre todos los animales del campo; sobre tu pecho andarás, y polvo comerás todos los días de tu vida. Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar" (Gn. 3:14-15).

El anuncio del Mesías Salvador de la humanidad se dio por primera vez desde la misma entrada del pecado en el mundo. Dios, en su Omnisciencia (todo lo sabe), sabía que esto ocurriría y ya tenía preparado un plan que, en su debido tiempo, pondría en marcha *(Gál. 4:4)*.

En nuestro relato de hoy, Dios había cuestionado ya a Adán y a Eva acerca de qué fue lo que hicieron como para darse cuenta que estaban desnudos *(vv.11-13)*, y va a pronunciar contra ellos las consecuencias que vendrían por causa de su desobediencia *(vv.16-24)*. Pero con quien primero ajustó cuentas para declarar sentencia fue con la serpiente que los había tentado engañándolos para caer en pecado. Recuerde, la serpiente es el instrumento que utilizó satanás, así que lo que Dios le dice a la serpiente se aplica perfectamente a satanás. En otras palabras, Dios maldice a la serpiente de la misma forma en que maldice a satanás por el mal que ha provocado. Fíjese cómo.

Como hemos visto, la serpiente era considerada como la más astuta de todas las bestias del campo, es decir, llena de sabiduría, inteligencia y mucha habilidad para poner en práctica esa sabiduría y esa inteligencia. Era un ser realmente admirable y distintivo de entre todas las bestias del campo, es decir, entre todas las bestias de la tierra. Ahora, todo ese modelo de virtud, de gracia y de elegancia que todos admiraban y

respetaban, se ha convertido en una clase de animal que a muchas personas causará disgusto y miedo, que odiarán y que querrán estar apartadas. Lo que era una bendición se ha convertido en una terrible maldición. Lo mismo ocurre con satanás. El Profeta Ezequiel escribe que satanás era un querubín grande, protector, perfecto en todo, hasta que se encontró en él maldad. Era tan hermoso que su corazón se enalteció, y era tan sabio que se creyó superior a Dios; por eso se rebeló y por eso Dios lo castigó, y toda esa admiración, toda esa belleza, se convirtió en espanto *(Ez. 28:14-19)*. El Profeta Isaías, por su parte, dice que satanás era muy poderoso y que le ganó la ambición de ser semejante a Dios, con un trono levantado, tanto para ordenar, pero también para recibir adoración; su soberbia fue tan grande, hasta que Dios lo derribó hasta el Seol. El infierno será su morada eterna, pero no como rey sino como lugar de tormento eterno. Y ese que era admirable se había convertido ya en abominación delante de Dios *(Is. 14:11-19)*. ¿Se da cuenta? Lo que Dios le estaba diciendo a la serpiente, instrumento de satanás, se lo había dicho a satanás también. La serpiente, como animal, se convertiría en una criatura nociva y venenosa; satanás también. La serpiente se convertiría en una criatura vil, detestable y despreciable; satanás también.

Pero la maldición no termina aquí. Dios habla ahora acerca de la relación que tendrán tanto la descendencia o simiente de la mujer, como la descendencia o simiente de satanás. Esta relación será de constante hostilidad, y en verdad que satanás odia a la humanidad, simiente de la mujer, con todas sus fuerzas, pero en especial, odia a los hijos de Dios. La simiente de satanás se refiere a todos sus seguidores, tanto demonios, como humanos. Qué tristeza saber que aunque estos humanos sigan y adoren a satanás, no se dan cuenta de que satanás los odia. Los ha engatusado para destruirlos. Hasta el día de hoy, la mayor parte del mundo teme a satanás, pero lo hijos de Dios no le tememos, aunque si le tomamos en serio y tratamos de no acercarnos para no caer en sus redes como les pasó a nuestros primeros padres Adán y Eva.

Fíjese cómo cambian las cosas. La serpiente y la mujer que antes se habían tratado con mucha familiaridad y amistad, que parecían tener una relación de armonía y de cortesía, ahora se verán permanentemente enfrentados en una lucha sin cuartel. El comentarista Matthew Henry dice que *"los que se unen en la maldad no estarán unidos mucho tiempo"*. A veces vemos que grupos que son antagónicos entre sí se unen cuando tienen un enemigo común y, cuando han logrado acabar a ese enemigo en

común, siguen con su lucha a muerte. En verdad que los que se unen en la maldad no estarán mucho tiempo unidos.

A estos versículos que estamos viendo hoy se les conoce como el "protoevangelio". La palabra *proto* significa *"primero"* y la palabra *Evangelio* significa *"Buenas Nuevas"*. Es decir, estos versículos son el primer anuncio del Evangelio o Buenas Nuevas de Salvación. Aquí se da por primera vez la promesa de que vendría, de la simiente de la mujer, Alguien que finalmente le aplastaría la cabeza a la serpiente, figura de satanás; es decir, Uno que acabaría con el diablo. Ese Alguien sería Jesucristo el Señor.

Ahora, y esto es justamente en lo que quiero enfocar hoy: Dios podría simplemente castigar a Adán y Eva por desobedientes y podría comenzar de nuevo. En varias ocasiones en la Biblia vemos que Dios tuvo la oportunidad de destruir a la humanidad pecadora y comenzar nuevamente de cero, pero no lo hizo. Dios pudo simplemente haber matado a Adán y Eva, o pudo haberlos dejado solos como consecuencia del pecado. ¿Querían seguir teniendo esa relación de convivencia con la serpiente que los engañó y los hizo caer? Esta era la oportunidad para Dios de hacerlo, pero no lo hizo. Dios no los dejó solos; ¡Gloria sea al Señor por su amor, su misericordia y su bondad, que tampoco a nosotros nos deja solos cuando le fallamos a Él!

Dios profetiza que el diablo heriría al Señor Jesús, pero que el Señor Jesús lo golpearía duramente en la cabeza. El golpe de satanás ciertamente sería un golpe doloroso, pero el golpe del Señor Jesús sería un golpe mortal y definitivo porque su veneno, es decir, su poder, se encuentra en la cabeza, mostrando así quién tiene más poder. El Señor Jesús vino para deshacer las obras del diablo *(1Jn. 3:8)*; con su muerte y resurrección destruyó al diablo *(Heb. 2:14)*, lo venció *(Col. 1:12-13; 2:15)*. El Señor tiene toda autoridad sobre satanás y sus demonios *(Ef. 1:20-21)*, y nos ha dado también esa autoridad sobre el enemigo de nuestras almas *(Lc. 10:19)*. Tristemente, aun así, muchos prefieren seguir a un perdedor como satanás, en lugar de seguir al Invencible victorioso Salvador.

Conclusión.

La victoria final del Señor sobre el diablo la veremos en el final de los tiempos cuando satanás sea arrojado de manera definitiva y eterna al

infierno *(Ap. 20:10)*; este es el lugar a donde pertenece y debe estar, el lugar preparado para él *(Mt. 25:41)*.

Muchos se preguntan, algunos porque realmente quieren saber y otros porque solo preguntan como una excusa para no creer, *"¿por qué Dios no lo destruyó desde el mismo principio?"* Yo no tengo la respuesta y no creo que nadie la tenga. Lo que sí puedo decir es que los planes de Dios son perfectos en tiempo y forma. También puedo decir que Dios no se rige por el tiempo como nosotros lo conocemos. Es decir, para nosotros han pasado miles de años; para Dios no. El Apóstol San Pedro escribió: *"Mas, oh amados, no ignoréis esto: que para con el Señor un día es como mil años, y mil años como un día" (2P. 3:8)*. También puedo decir que Dios ha sido y sigue siendo paciente porque no quiere que nadie perezca y sí quiere dar la oportunidad a la humanidad para el arrepentimiento como también dice el Apóstol San Pedro *(2P. 3:9)*. Puedo decir que Dios quiere que todos se salven, como dijo el Apóstol San Pablo a Timoteo *(1Ti. 2:4)*.

Lo que también sé es que no es para nada productivo cuestionar el por qué Dios hace o no hace cosas, o el por qué Dios permite o no permite cosas. El enfoque nuestro debe ser que Dios, en su amor y misericordia, nos dio a Su Único Hijo para que toda persona que en Él cree no se pierda, mas tenga vida eterna *(Jn. 3:16)*.

Cristo vino a salvar al mundo del pecado y de la muerte eterna, vino a salvar al mundo del castigo y del sufrimiento eterno; vino a liberarle a usted y a mí del poder y del odio de satanás que quiere destruir su vida y la mía; vino a darnos la oportunidad de estar gozando de la gloria por toda la eternidad en compañía del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

¿Por qué no lo hizo antes? No creo que sea importante saberlo. Lo que sí es importante saber es que nos ha dado esa hermosa oportunidad a quienes hemos entregado nuestras vidas a Él y sigue dando la oportunidad a aquellos que todavía no creen, o que creen que creen, pero con sus hechos demuestran que no creen. También es importante saber que no nos dejó solos cuando entró el pecado en el mundo. Nos amó, nos ama y nos amará. Su amor es eterno *(Jer. 31:3)*, su amor es perfecto *(1Jn. 4:18)*.

En esta temporada, cuando recordamos el nacimiento de Cristo, esto es lo que debe venir a nuestra memoria y a nuestro corazón. No es el pino, las luces, los regalos, la cena, etc., lo cual debo decir que no tiene nada de

malo celebrar así. Pero nunca olvidemos que el nacimiento del Bebé de Judá fue con propósito y ese propósito lo sigue manteniendo hasta el día de hoy y hasta el día en que, por fin, decida poner fin a las cosas. Nunca olvidemos que el nacimiento del Señor es la mejor y mayor muestra de amor de Dios para el mundo. Si usted no ha confesado a Cristo como su Salvador, no se ha arrepentido de sus pecados y no le ha entregado su vida para adorarle y servirle, esta es la oportunidad para hacerlo el día de hoy, porque mañana no sabemos lo que pasará; mañana puede ser demasiado tarde.

El nacimiento del Señor nos recuerda que Dios había dispuesto, desde el principio mismo, cuando el pecado entró para destruir a la humanidad, que su Hijo vendría a destruir al enemigo de nuestras almas. El nacimiento del Señor nos recuerda la misericordia, bondad y amor del Dios que no nos dejó solos a merced del diablo, sino que nos envió al Rescatador, para que toda persona que en Él cree no se pierda mas tenga vida eterna. Amén… Vamos a orar…